

Marita se llamaba

Arnoldo Kraus

A los diez años, una niña se enferma de artritis reumatoide juvenil. Las siguientes tres décadas de vida transcurren en una caída gradual hacia la depresión y la muerte, con incontables secuelas de padecimiento físico. ¿Cuál es el sentido de la existencia cuando lo único que se presenta en el camino de una persona es el dolor permanente?

Marita fue el nombre que escogieron para la única hija que lograron procrear. Marita, busco en el diccionario, significa “la elegida, la amada por Dios”.

El nombre de los hijos se teje de muchas formas, con diversos hilos, gruesos, delgados, tersos, rugosos, blancos, amarillos, o de cualquier color del arcoíris. Algunos lo hilan al enamorarse, otros cuando deciden procrear, y la mayoría habla del nombre del hijo o de la hija, cuando el útero anuncia que el mundo, el mundo entero, ha cambiado. Todo es diferente cuando la vida de dos se convierte en la vida de tres.

Pensar el nombre, imaginar un varón o decantarse por una mujer es uno de los grandes regalos de la vida. No lo sé pero lo intuyo: por el cuerpo de los progenitores circulan, al lado del útero que se asoma, nuevas hormonas, hormonas que irrumpen, mueven, inquietan, desean y preguntan.

La vida sin deseo es yerma. La vida del útero que crece y desdibuja las bellas curvas de la mujer encinta imprime sus huellas y modifica la vida: la inclina hacia la Tierra, la menea hacia el mundo y con el tiempo penetra el Universo. Al inicio el útero susurra, después murmulla y con el tiempo habla. El mundo dentro del útero ilumina la vida de la vida.

Conforme transcurren los días, el nombre de la hija o del hijo circula adosado a las hormonas hasta llegar a casa,

al útero convertido en morada. Para quienes buscan familia no hay hogar más deseado que el útero. Testigo es el lápiz del futuro padre que escribe por la noche un nombre, dos nombres, uno femenino, otro masculino, y lo deposita, justo al amanecer, antes de que el cielo anuncie la llegada del nuevo día, en el vientre de la futura madre.

Diez años había cumplido Marita cuando la enfermedad irrumpió en su vida y en la de sus padres. Los progenitores, desesperados por el dolor de su hija, acudieron a cuanto médico pudieron. Desfilieron pediatras, ortopedistas y reumatólogos. Todos coincidían en el diagnóstico:

—Su hija tiene artritis reumatoide juvenil.

—¿Seguro? —preguntó el padre.

—Artritis reumatoide juvenil se llama la enfermedad de Marita.

—¿Seguro? —afligida, preguntó la madre.

De poco valía la opinión unánime de los médicos. Los padres buscaban otro diagnóstico, otro camino. Acupunturista, homeópata, yerbero, curandero y un experto en medicina oriental completaron el abanico. Frente a la enfermedad, todo es válido.

Los analgésicos y las medicinas especiales mitigaban el dolor, pero no curaban —en esa época el arsenal farmacológico para controlar la enfermedad era pobre y limitado—. Algunos días Marita no conseguía salir de la cama; la fatiga, la tristeza y las infinitas incomodidades la demolían. Otros días sollozaba y poco hablaba.

—Tienes que caminar —le suplicaba la madre.

—Tienes que comer —le pedía el padre.

—Tienes que luchar —suplicaban al unísono.

—No puedo, me duelen las rodillas. No puedo, no tengo hambre.

Poco a poco Marita fue perdiendo fuerza. Poco a poco no pudo caminar. Poco a poco la enfermedad triunfaba: los juegos, el parque, la escuela, la cuerda, el ballet... todo paró, todo quedó relegado para “después”. Poco a poco dejó de ser ella, “la Marita” de la urdimbre de papá y mamá.

“Después” es palabra del léxico de los enfermos. Sin presente, sin libido, el tiempo venidero, el tiempo “después”, debe ser mejor. De no ser así, sin un después dónde aferrarse, ¿cómo y para qué seguir?

Los padres de Marita conocían al hijo de unos vecinos que sufría la misma enfermedad. Después de un año, ya no caminaba. Lo cargaban entre los dos; cuando era necesario salir lo montaban en una silla de ruedas. El

chico se doblaba poco a poco, la cabeza se inclinaba hacia un lado y los brazos caían y caían. Su tez era un tratado de dolor y de desesperanza. Mirarlo daba tristeza. Ver a los padres maniobrar y llevarlo de un lugar a otro dolía. El desasosiego cubría las caras de todos.

Comparar es parte de la condición humana. Los enfermos y sus allegados se comparan con sus pares; ver cómo se hunde una persona con la misma enfermedad inquieta, agobia, desata un sinfín de temores.

Pronto Marita dejó de ser “la elegida, la amada por Dios”. Al lado de ella, los padres sufrían.

—Marita tiene artritis reumatoide juvenil —les ratificó el doctor John Smith, afincado en Boston, médico del afamado Children’s Hospital y experto en males autoinmunes.

—¿Artritis reumatoide juvenil?

—Sí, lo mismo les dijeron en México.

—¿Qué es esa enfermedad? —preguntaron.

—La artritis reumatoide juvenil es una enfermedad poco frecuente en niños. Inflama, y en ocasiones deforma y destruye las articulaciones...

—¿El dolor será cada vez peor? —interrumpió el padre.

—Mire...

—No le entiendo —angustiada, interrumpió la madre.

—Mire...

—¿Se deformará Marita? —intercedió el padre.

—Les explico...

—Doctor... —balbuceó el padre—, ¿puedo...?



Walter Rosenblum, *Niña enferma*, 1946

—Doctor —dijo la madre—, podría explicarnos un poco más...

—Sí, permítanme hablar. La artritis reumatoide juvenil es una enfermedad autoinmune. Afecta principalmente las pequeñas articulaciones; los medicamentos, con suerte, detienen la enfermedad pero no curan y en ocasiones el daño no se limita a las articulaciones...

El médico explicaba, utilizaba palabras fáciles de comprender. Los padres no escuchaban, no prestaban atención. Las penas vividas antes del diagnóstico nublaban su atención. La imagen del vecino y el rápido deterioro de su hija les impedían concentrarse. Ambos pensaban que en Boston contaban con nuevos medicamentos. No fue así. Rezaban: “Después será ahora”, pensaron antes de partir.

El doctor Smith no tenía ni la cura ni tenía medicamentos milagrosos. Poco podía ofrecerle a Marita. Regresaron a México vacíos: Boston no fue “después”. Marita no sería una niña feliz. Volvieron con el hueco propio de las enfermedades incurables. Un pozo sin fin los aguardaba.

A Marita la conocí al despuntar la década de los ochenta del siglo pasado cuando yo cursaba el cuarto año de la carrera de medicina. Imberbe como yo era, su *caso* —horrible palabra del argot médico— me impresionó. Marita tenía cuarenta años de vida y treinta de enferma.

Marita se convirtió en mi paciente. Debía tomar el *caso* y buscar cómo ayudarla.

—Ayúdala —me encomendó mi superior.

Marita llevaba dos semanas en el hospital. La habían ingresado por neumonía e insuficiencia renal. Al lado de los diagnósticos “físicos” había otro diagnóstico: depresión profunda. El alma de Marita estaba rasgada. Postrada en una cama hospitalaria pasaba la mayor parte del día sola. Le dolía el alma como duelen las heridas intangibles; no dejan huellas cutáneas pero erosionan la existencia.

Sus padres habían fallecido siete años atrás. Marita no se casó y no procreó, y salvo por la visita ocasional de un tío y un primo, y de una amiga, nadie la frecuentaba. Con desgano respondía, sin deseo comía. Pasaba el día mirando a través de la ventana de su cuarto en el hospital.

Un árbol se abría frente a la ventana. Aunque el follaje cubría parcialmente la vista de la escuela, sí era posible observar el ir y venir de los alumnos, el movimiento de los coches, el cielo, el amanecer y la oscuridad la mayor parte del día. Sonrisas, gritos, cláxones, vendedores de chicharrones y hot dogs se colaban a través de la ventana. La vida más allá de la ventana era la compañera de Marita.

—¿Qué mira? —le pregunté.

—La vida —respondió.

—¿La vida? —insistí.

—Sí, la vida. Las paredes de mi cuarto, el cuadro, la cama, el sillón de enfrente, el lavabo, el suero y el tim-



Walter Rosenblum, *Hospital*, 1946

bre carecen de vida. Están muertos, como yo. Las voces de los niños y el árbol tienen vida. Quisiera ser un poco como el follaje cuando el viento sopla o como el niño que llega a la escuela y después, cuando terminan las clases, sigue su camino.

Poco le gustaba a Marita hablar. Los antidepresivos y las visitas de los psiquiatras de poco o nada servían. Un tío se encargaba de ella; le pagaba a dos enfermeras para que la acompañasen y velasen por ella de día y de noche. El tío la visitaba una vez por semana. Amigas sólo tenía una; de cuando en cuando, al igual que su primo, se apersonaba un rato. Casi nadie se acordaba de ella. Recluida la mayor parte de su vida en un cuarto, no trabó amistades. Pocas personas deambularon frente a sus ojos.

En el último año había sido hospitalizada cuatro veces. Problemas diversos la afectaban. Su imposibilidad para moverse, para arreglarse y asearse después de ir al baño, e incluso, para comer por sí sola, sepultaban toda esperanza y destruían su dignidad. Tras la muerte de sus padres, uno tras otro, Marita fue víctima de dos orfandades: la de ellos y la de la salud. Por si fuese poco, además, como les sucede a muchos enfermos crónicos sin esperanzas, su dignidad, esa palabra imprescindible y difícil de explicar, disminuía cada vez más. “Mi vida carece de dignidad”, se decía y lo repetía a quien pudiese.

—Y hoy, ¿qué mira? —le pregunté.

—La vida —respondió.

—¿La vida? —dije en voz queda.

—La vida que se va, las muertes que llegan.

—¿No le gusta hablar?

—¿De qué puedo hablar?, ¿de mi invalidez?, ¿de mi incapacidad para hacer cualquier cosa?, ¿de mi dependencia?, ¿del mundo cerrado?, ¿de la vida que no fue?, ¿del sueño truncado de mis padres debido a mi enfermedad?, ¿de su dolor por mi dolor?, ¿de su impotencia ante mi enfermedad?, ¿del equívoco de mi nombre?, dígame, joven doctor, ¿de qué puedo hablar?

“De su dolor por mi dolor”, dijo Marita. Anoté esa línea en uno de los papelitos que siempre me acompañan.

Marita abandonó el hospital tres semanas después de haber ingresado. Seguiría perviviendo en la casa para enfermos crónicos donde había sido enviada por su tío. Ahí vivía tras la muerte de sus padres, ahí convivía de día y de noche con sus enfermeras, quizá cuidadosas, probablemente ajenas.

Compartía sus días con la pequeña ventana de su cuarto. A diferencia de la del hospital, decía Marita, “por la ventana de mi casa poco se ve. Nadie se ocupa de limpiarla. El polvo acumulado impide mirar hacia afuera”.



Walter Rosenblum, *Abuela con niña*, 1946

—¿No puede mirar la vida como en el hospital? —le pregunté.

—No, con trabajo miro lo que me queda de vida.

Dos semanas después de abandonar el hospital Marita falleció. No podía escribir pero sí dictar. Una de las enfermeras transcribió sus últimas palabras.

Sin destinatario:

El dolor es infinito. Ha sido mi sombra desde que enfermé. Mis padres no murieron por mi enfermedad pero sí murieron con ella. Con los males incurables, tarde o temprano, llega un momento del cual es imposible escapar. Llega cuando “después” es palabra inentendible. Asoma y empuja cuando la enfermedad ha demolido todo y sepultado la esperanza. Sin “después” y sin esperanza, ¿qué caso tiene seguir o preguntar?

Con las enfermedades crónicas, incurables, dolorosas, (casi) siempre hay un punto de inflexión, de no retorno. El mío llegó hace años. No fui capaz de soltar y dejar. Ahora entiendo que la vacuidad de mi vida es absoluta. El pozo no tiene fin. No puedo mirar a través de la ventana y no logro observar lo que quiero mirar.

Me queda soltar y dejar. Eso haré. **u**